

EL LIBRO DE LA SEMANA

Un 'Tesoro' ilustrado

El primer diccionario de la lengua española, obra de Sebastián de Covarrubias y publicado en 1611, se presenta en una edición íntegra que combina lo mejor de la publicación electrónica y de la tradicional.

JOSÉ ANTONIO MILLÁN

El mayor elogio que se puede hacer a un diccionario es decir que puede leerse. Sí: no consultarse (la cruda operación de llegar, sacar lo que uno quiere y luego marcharse), sino disfrutarse. Si alguna obra lexicográfica se presta a la lectura es ésta. En el Renacimiento, cuando despertó el interés por las hablas vulgares, aparecieron los primeros diccionarios de lenguas europeas, con frecuencia llamados *tesoros* por las riquezas que encerraban. Con cierto retraso, en 1611 —justo entre las dos partes de El Quijote— apareció el *Tesoro de la lengua castellana o española*. ¿Quién fue el esforzado autor de nuestro primer diccionario? Sebastián de Covarrubias, de familia culta (su padre recopiló canciones y refranes), poderoso hombre de la Iglesia (capellán de Felipe II), políglota y humanista, dedicó al *Tesoro* el tiempo que le dejaba su cargo de canónigo de Cuenca. Trabajó en él cinco años, en su biblioteca, una de las mejores de la época. Comenzó por la A, y al llegar a la C —recuerda Dominique Re-

yre en su prólogo— ya daba muestras de angustia ante la magnitud de la tarea que había emprendido.

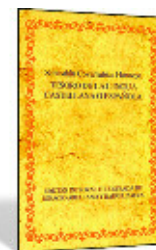
El *Tesoro* no es un *diccionario* tal y como hoy lo entendemos: más que hablar de las palabras, habla del mundo. Es un híbrido entre diccionario y enciclopedia, trufado de refranes, citas de clásicos, chascarrillos e incluso experiencias del autor. Además, la estructura de entradas y subentradas del original es confusa (hasta el extremo de que —recuerda Ignacio Arellano en su prólogo— no se puede decir con seguridad cuántas constituyen la obra). Además, los datos sobre una palabra bien pueden estar en la entrada de otra, porque fue allí donde el autor se acordó de ella. Se comprenderá, entonces, la utilidad de una edición electrónica que ofrezca la posibilidad de localizar automáticamente cualquier texto.

Los orígenes de las palabras constituyen una parte importante del *Tesoro*, y de nuevo el lector hará bien en ponerlo en perspectiva. Las “etimologías” que brinda son con frecuencia fantásticas, porque las procedencias



Ilustración de un sátiro en el diccionario de Covarrubias.

de las palabras se explican por parecidos: “Púdose decir *teta* de la letra griega Θ, thêta, a la cual la teta de la mujer tiene mucha semejanza, por cuanto es en forma redonda y en medio tiene el pezón semejante al punto de la dicha letra”. Pero, como ya avisó el autor: “Es tan de grande utilidad el conocimiento de las etimologías, que aun hasta las falsas se han de estimar, porque ocasionan a la inquisición y investigación de las verdaderas”. Esta edición del *Tesoro* es la primera completa que se publica: incluye el Suplemento que el autor elaboró en paralelo con su obra, más las adiciones que



Noydens redactara en 1674. El texto se ha modernizado con tiento, preservando para las cabeceras también las grafías antiguas. Sólo hay que lamentar que, en una época en la que, por desgracia, pocos de los interesados en la obra tendrán estudios clásicos, las frecuentes citas latinas no estén traducidas.

La edición electrónica presenta la transcripción íntegra de la obra, en texto buscable (pudiéndose restringir la búsqueda por lenguas, o dentro de refranes) y con remisiones internas en hipertexto. Lamentablemente no se puede subir el tamaño de la letra. Cada entrada enlaza con su página facsímil: de la primera edición del *Tesoro* o del manuscrito autógrafa del Suplemento. El DVD contiene también las imágenes de la obra (de las que hablaremos inmediatamente), sin opción para copiarlas, lo que no impedirá hacerlo a cualquier persona con mediana alfabetización digital, pero molestará al usuario normal. Las imágenes (absurdamente, para una edición electrónica) no están enlazadas con sus fuentes.

Comentario aparte merecen las ilustraciones, de las que esta edición ofrece casi 1.400, de 185 fuentes. El Barroco es una época materialmente inundada de imágenes, no sólo por la imprenta y la xilografía, sino también por los monumentos religiosos y civiles y las construcciones efímeras erigidas en sus festividades. Por otro lado, la moda o locura de los emblemas (escenas alegóricas acompañadas de una reflexión moral) inundaban la Europa del momento: tanto el autor del *Tesoro* como su hermano publicaron libros de emblemas. El hombre del Barroco conocía de memoria las representaciones típicas, lo que permitía al autor del *Tesoro* usarlas sin reproducirlas. Cuando habla de las Gracias, refiere: “Dos dellas estén vueltas de rostro para quien las mira, la otra está de espaldas” (y la edición nos aporta el grabado de un libro de Alciato). Los detalles iconográficos encierran —claro está— una lección moral: “Dándonos a entender que de la gracia... que nosotros hiciéremos hemos de olvidarnos, por no dar en rostro con él al que le recibe”. Así pues, un texto depurado y completo, flexible como sólo el texto digital puede serlo, más unas ilustraciones *restituídas*, permiten que el lector actual reconstruya el ambiente ideológico —tanto el culto como el popular— de uno de los periodos más fascinantes de nuestra historia cultural.

Tesoro de la lengua castellana o española. Sebastián de Covarrubias Horozco. Edición integral e ilustrada de Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Universidad de Navarra, Iberoamericana, Vervuert, Real Academia Española. Centro para la Edición de Clásicos Españoles. Madrid, 2006. 1.644 páginas + un DVD (1,84 GB). 120 euros.

Nota al pie

Francisco Rico

A PRINCIPIOS de los años cuarenta, Borges fue operado de cataratas por enésima vez, y desde entonces, aunque todavía le quedaba camino por andar hasta la ceguera total, la lectura fue haciéndosele cada día más difícil y él tendió a refugiarse en la memoria y en unos pocos libros predilectos. En quien afirmaba que “para un hombre ocioso y curioso... el diccionario y la enciclopedia son el más deleitable de los gé-

neros literarios”, no se me ocurre otra explicación a la anomalía de que no diera muestras ni apenas indicios de familiaridad con el *Tesoro de la lengua castellana*.

En 1943, Martín de Riquer, sin más escáner que el buen ojo, preparó una excelente edición de la obra, que sin embargo no pudo tener peor fortuna: mal distribuida primero, escandalosamente pirateada después, no debió de llegar nunca, o en todo caso no a tiempo, a manos del maestro argentino. ¡Qué buenos ratos habría pasado Borges con “el Covarrubias” de Riquer y cuánto más hubie-

ra disfrutado aún con el de Arellano y Zafra!

El *Tesoro* es desde luego un libro que se deja leer de cabo a rabo, por su orden, de la A a la Z, y cada una de cuyas entradas aporta noticias interesantes, a menudo adobadas con un sabroso toque personal, y ofrece una perspectiva —desde dentro— del lenguaje y la cultura del Siglo de Oro como en ninguna otra parte puede hallarse. Por ello mismo es también una fuente perenne de información y un instrumento imprescindible para la comprensión de los clásicos españoles. (Más de un currículo se ha hecho por ahí

sin otra cosa que extractos de Covarrubias a pie de página...).

La edición de Ignacio Arellano y sus colaboradores logra que se cumplan ejemplarmente las dos funciones del *Tesoro*. En papel (y buen papel), es una delicia pasearse por sus páginas, sabiamente ilustradas con una fascinante serie de grabados de la época. En el DVD anejo, permite una rica variedad de búsquedas, saltos hipertextuales y otros modos de dominar el texto. En los tiempos que corren, pocas veces se ha aprovechado mejor el esfuerzo de unos estudiosos y los buenos dineros que la empresa habrá costado.